

vocerío; y luego el concertado són de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos llegó á los oídos de doña Inés y de Castana.

— ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la puerta.

— ¡ Qué airoso está ! exclamó doña Inés. ¡ Qué bien que le sientan las armas !

Y salió precipitadamente de él seguida de la fiel Castana.

— ¡ Viva el rey don Ramiro ! clamaba frenética la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente; ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio del alcázar los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse y se asomó á la ventana. El rey don Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados, ambos acababan de apearse y comenzaban á subir las escaleras; el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban rotos y espantosos multitud de almogávares: el pueblo quedaba victoreando á la

puerta. Entre tanto el rey don Ramiro y el conde don Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian ido á juntarse con el partido que parecia mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las regias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

— Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los rishombres, y que me disputasen desde aquí el po-

CAPITULO XX

Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así como al descuido se aclaran sucesos no bien esplicados hasta ahora.

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido. ROMANCE VIETO.

der que me dejaron mis abuelos, ya que no osaron presentarse en el muro.

Abrióse una portezuela que había en el fondo del salon y apareció en esto Aznar seguido de Fortuñon y de otros almogávares.

— ¡Aznar! gritó al momento el rey. ¿Qué fué de los ricoshombres? ¿Se han salido de Huesca? ¿Piensan hacer resistencia en sus castillos? ¿Huyeron cobardemente? ¿Y la reina? ¿Y mi hija?

— Los ricoshombres, señor, respondió Aznar gravemente, no os molestarán mas en esta vida, ni mas levantarán contra vos la cabeza.

— ¿Se han allanado, Aznar? exclamó el rey. ¿Pues como no me avisaste de ello segun lo convenido? Corred al punto y disponed que nadie sea osado de tocar a uno solo de los ricoshombres donde quiera que se hallen, dijo volviéndose á los de su comitiva, y luego añadió:

— Te creia mas exacto, Aznar, en cumplir mis órdenes; creí que allanados los ricoshombres lo primero que oiria en Huesca seria el són de la campana que me lo participase.

— En cuanto á lo de la campana, dijo Aznar sin levantar los ojos del suelo, pero con grande aplomo, no habeis de echarla de menos; porque si vos no la habeis sentido, sentida será en todo Aragon y aun en todo el mundo. Venid, veréis la campana que os he fundido.

Y echó á andar hacia la portezuela que había quedado abierta. El rey y el conde le siguieron sin darse cuenta de aquellas extrañas palabras; bajaron

algunos escalones y se encontraron en el aposento que conocen nuestros lectores, allí donde la noche anterior dejó Castana á los almogávares.

La escasa luz de mediodia que alumbraba aquella lóbrega mansion, puso delante de los ojos del rey y del conde un siniestro espectáculo. Ambos, rey y conde, prurupieron en una exclamacion de horror al percibirlo. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la bóveda mirábanse catorce cabezas recién cortadas imitando en su colocacion la figura de una campana: en lo interior de aquella estraña campana colgaba otra cabeza que hacia como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del arzobispo Pedro de Luesia; las otras eran de Lizana, de Roldan, de Vidaura, de Gil de Atrósillo, y de los demas ricoshombres.

Debajo habia una enorme piedra que debió servir de tajo, y de pié junto á ella se miraban dos sayones con las cuchillas ensangrentadas.

Mas lejos estaban los troncos descabezados, y heridos algunos, y entre ellos los cadáveres de tres almogávares que debieron sucumbir en lid, porque estaban tambien acribillados de heridas.

Don Ramiro y don Berenguer retrocedieron precipitadamente, no pudiendo sufrir por mucho tiempo la vista de aquel espectáculo, y volvieron al salon.

— ¿Quién ha ejecutado esas muertes? ¿Por orden de quien se han ejecutado? preguntó don Ramiro con acento de horror y de cólera.

Fortuñon y sus companeros sintieron frio sudor

en sus frentes. Aznar cayó entonces como instintivamente á los pies del rey, y le puso en sus manos el pergamino diciéndole con voz casi desfallecida:

—Aquí está, señor, firmado, al parecer, de vuestra propia mano: yo forjé falsamente este escrito y engañé con él á estos leales servidores vuestros: yo soy, pues, el único autor de la justicia que acabáis de ver. Mi conciencia me dice que he hecho bien; que eso y no otra cosa merecían los traidores; que de ese modo y no de otro podía serviros; mas si me equivoqué, castigadme; que con haber quitado tantas cabezas rebeldes, y haberos libertado á costa de la mia, quedaré contento.

—Levántate, Aznar, le dijo el rey; levántate, y Dios te perdone los nuevos remordimientos que tu hecho va á causarme, y el mal nombre con que he de pasar á la posteridad.

En aquel momento apareció á la puerta Castana.

—¡Oh Castana, Castana, continuó el rey! ¿dónde está la reina tu senora? ¿dónde la princesa mi hija? Luego añadió casi sin poder continuar: soy mas infeliz cada momento que pasa.

—La princesa está depositada en casa de Azlor, respondieron á un tiempo varias voces sin dar tiempo á que hablase Castana.

—La reina, dijo ésta, me envía á decirlos que os aguarda en sus aposentos.

—Ea pues, repuso sin oír la don Ramiro; Aznar, y vos Alqueizar, y vos, y vos, y al propio tiempo señalaba á varios de los caballeros de su comitiva:

id á la casa de Azlor y traed á la princesa para que la vea y reconozca, su tutor y futuro esposo el conde de Barcelona. Saludad, aragoneses, á vuestro nuevo rey el buen don Berenguer y á vuestra nueva reina doña Petronila.

Siguióse una aclamación inmensa. El continente del conde, marcial y generoso, provenía en su favor, de una parte, y de otra el deseo de agradar en aquellos momentos al rey ponía alieno en todos los labios.

Y ninguno imaginó que con aquel entusiasmo hacía los nuevos reyes insultaban á los que entonces bajaban del trono; quizás la reina, doña Inés, con su delicado instinto, hubiera comprendido este insulto.

Pero ello es que las personas nombradas para traer á la princesa, de caza de Azlor, se reunieron todos alrededor del rey, menos una: Aznar.

Ya hacia rato que Castana le buscaba con los ojos inquietos entre la muchedumbre sin acertar con el almogávar.

Al ver ahora cuánto tardaba en reunirse con sus compañeros, el rey preguntó por él en voz alta, y nadie le respondió. Aznar se había hecho en un momento tan famoso, que su estraña ausencia escitó entre la multitud no poca curiosidad y sorpresa.

Por tres veces le llamó el rey y en ninguna de ellas respondió.

Y; oh felicidad prodigiosa del vulgo para forjar sucesos maravillosos! Cuando sonó la segunda pregunta del rey ya corrían por la espaciosa sala

varias versiones absurdas de su desaparicion, sosteniendo éstos que alados demonios lo habian arrebatado de allí mismo para llevarlo a pagar en los infiernos la muerte que habia dado a los ricoshombres; opinando aquellos que arrepentido y asombrado de su propio hecho, se habia retirado de la concurrencia manifestando a algunos en confianza que iba a consagrarse al servicio de Dios lo que le quedase de vida.

Pero ni Aznar era para monje, ni el diablo se habia tomado la molestia de pensar en él todavía.

La verdad era que el almogávar se miraba reclinado en la pared al un extremo de la sala, exánime y al parecer sin vida.

Castana fue quien al fin lo descubrió: y ¿quien habia de descubrir al amante primero que la mujer enamorada?

La pobre muchacha no pudo contener sus sentimientos; y sin respeto a los principes ni a la corte que allí estaba, se lanzó al lugar donde descubrió al almogávar, gritando:

—Aznar, Aznar.

La gente que habia en el aposento era tanta, que la doncella halló muchísimos obstáculos en abrirse camino.

Pero todos los ojos se fijaron en el punto hacia donde ella señalaba con las manos, y vieron a Aznar inmóvil, doblada la cabeza sobre el pecho, y apoyadas las espaldas en el muro.

El rey, aunque tan preocupado, no tardó en percibirse del caso; y recordando los grandes servicios

que le debia, se adelantó hacia él, y todos los circunstantes abrieron paso.

Al mirarle de cerca, notóse que por debajo del grosero capuchon de malla que vestia brotaba un torrente de sangre.

Castana se abrazó con él exhalando profundos gemidos; el rey mandó llamar al punto a su fisico, que era un hombre atezado y de sombrío semblante, el cual con venir vestido á la cristiana, bien aparentaba haber nacido en las márgenes del Mulaya, y haber estudiado en alguna de las escuelas famosas de Fez ó de Córdoba.

El fisico declaró que Aznar no estaba muerto, sino que se habia desvanecido á causa de la mucha sangre que estaba perdiendo largo rato habia, segun las señales.

Tenia dos grandes heridas, en el costado la una, y la otra en la cabeza, sin otros rasguños en diversas partes; su estado era verdaderamente grave, y el docto africano no se atrevió á responder de que sanase.

El rey mandó que se le trasladase á una de las mejores habitaciones del alcázar, y designó a un caballero de cuenta para que fuese en lugar del herido por la princesa á casa de los de Azlor, donde estaba cautiva.

Y Castana, separándose de la corte, y olvidada de toda otra cosa, siguió al herido hasta su aposento, y allí pasó lo que quedaba de día y toda la noche atendiendo á su respiracion y á sus mas pequeños movimientos.

La pobre muchacha había forjado tales castillos en el aire, que apenas acertaba á comprender ahora cómo estuviesen á punto de desvanecerse su amor y sus venturas.

Mas el físico era implacable.

Cada vez que entraba á ver al herido exclamaba sin tener por nada en cuenta la presencia de Castana:

—Será difícil que sobreviva.

Y Castana prorumpia en copioso llanto.

Solo Fortunón, el viejo Fortunón era quien no se apartaba del lecho, y más de lo que de hombre como él podía esperarse, mostrábase afligido.

De cuando en cuando Castana y Fortunón se despartaban del lecho, y en un rincón del aposento se comunicaban sus temores y sus esperanzas.

Castana no hablaba mas que de la curación del herido, ó de su pérdida, que solo imaginarlo desgarrábale las entrañas; Fortunón mezclaba con estas conversaciones otros pormenores sobre el suceso que la sencilla doncella, sin curiosidad de saber, veíase forzada á escuchar.

—Esa herida que tiene en el costado, decía aquel, debió recibirla de manos de alguno de los hombres de armas que guardaban el alcázar. Figuraos que al alborear el día salimos del zaquizamí donde nos metisteis muy sigilosamente, y bajamos al patio; las puertas estaban cerradas todavía, y aquí y allí tendidos en el suelo dormían algunos adalides de los mas osados. Uno solo habían dejado de atalaya, y ese con el cansancio y la proximidad del nuevo día

apenas podía resistir al sueño; de manera que tenía los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el muro.

—Dispárale tu dardo,—le dije yo á Aznar, señalando al atalaya; y no quiso creerme; antes haciendo un gesto de repugnancia, como si le enojase el matarlo dormido, se acercó á él silenciosamente, y le echó mano á la partesana para desarmarlo. Pero el condenado del hombre no estaba mas que traspuesto un poco, y despertó en aquel momento, y le dió un golpe con la partesana, que el valiente Aznar no pudo evitar desde tan cerca. Y bien que lo pagó el de la atalaya, porque sentirse herido y derribarlo de un solo golpe fué todo uno para Aznar. A los otros pobretes los sorprendimos durmiendo como lirones y los pusimos á buen recaudo en los sótanos del Alcázar; y desde el patio recorrimos los demas puestos, y á los que los guardaban, que bien serian en todos tres docenas, los encerramos con sus compañeros; de suerte que quedamos por dueños del recinto, y á la hora acostumbrada abrimos las puertas, y aguardamos así á los ricos hombres. Buena jornada fué por vida mia!

Castana suspiraba tristemente é iba á visitar el lecho del herido, y luego tornaba á dar cuenta de sus observaciones á Fortunón.

El viejo almogávar procuraba consolarla á su manera, diciéndole estas ó semejantes palabras:

—El moribundo está, Castana; pero júrote que con haber peleado en el Alcoráz, y haber asistido en el cerco de esta ciudad de Huesca, que fué de moros, como tú sabes; júrote, digo, que no vi en mi

vida mayor valentía que la de Aznar, ni corazón mas determinado. Cuenta que eran valientes los ricoshombres! Así no fueran ellos contra el rey, ni parecieran tan soberbios como eran animosos y diestros. Tengo para mí que eran los mejores caballeros del mundo. Sábetelo que con estar mas de treinta de los nuestros apostados en la gran sala adonde ellos se reunían, hubo algunos á quienes no pudimos rendir sino rindiendo ellos antes la vida. ¡Qué Roldán! ¡Qué Roldán! El solo despachó á dos de los nuestros en un santiamén; pues y el viejo Lizana? Lastimábame á mí el verle, yo que le conocí en el Alcoráz y no quise poner manos en su persona. Cuatro almogávares se lanzaron sobre él, y Lizana, como si no le embargasen los años, supo deshacerse de sus manos sin daño alguno. Entonces Aznar se arrojó á él, y por largo rato lidiaron cuerpo á cuerpo, y cierto era cosa muy de ver aquella lucha. Aznar, como mas joven, era mas ágil; pero no estaba tan bien armado ni con mucho como Lizana, ni era tan diestro como él en manejar la daga. Ninguno de nosotros ayudó á Aznar; pero éste tuvo de su parte á la fortuna, y derribó á su contrario aunque á costa de esa herida de la cabeza, que tanto mal le causa.

Castana en otra ocasion habria sentido su alma llena de orgullo al oír tales relaciones, porque son pocas las mujeres que no estimen el valor sobre todas las cosas, y en el siglo XII bien pudiera decirse que era la mayor de las virtudes para enamorar corazones femeniles.

Mas en el trance en que estaba Aznar, tales relaciones antes affigian que no daban consuelo alguno á la sensible amante.

Y segun dice el cronista, así pasaron dos, cuatro, seis dias sin notarse, al parecer, grande alivio en el almogávar; siempre Castana suspirando y Fortun relatando, sin otra visita ni compañía que la del físico renegado, que casi nunca respondia á las preguntas que le hacían los vigilantes enfermeros, y la de algun paje ó caballero que por sí ó de parte de otros venia á enterarse de la salud de Aznar.

Un dia, en que se mostraba algo mas aliviado, Castana salió un momento, el viejo Fortunon se durmió profundamente, y cuando volvió ella y cuando él despertó, se hallaron vacío el lecho del enfermo; Aznar habia desaparecido.

Castana y Fortunon se devanaban los sesos por acertar las causas de aquella estraña desaparicion; pero solo pudieron saber por el pronto que uno de los escuderos que solian acudir á visitarle habia entrado en el aposento, y que no bien se marchó, éste se levantó detrás de él Aznar, aunque descolorido y tan flaco que no parecia que pudiese dar un paso.